

terreno del interes: «Mi moral es tan poco austera, dice, que no pido como lectores gentes honradas, sino simplemente ambiciosos que sepan hacer algun uso de su razon.» Hé aquí una moral que puede ser escuchada por los reyes. Y como se verá, el interes bien entendido de *Mably* es una utopia. El publicista frances procura demostrar por medio de la historia que la justicia es la mejor política. Pero preocupado con la antigüedad, busca sus ejemplos de justicia entre los Espartanos y los Romanos. ¡Dios nos libre de la justicia lacedemonia y romana! *Mably* está más en lo cierto cuando dice que las conquistas corrompen y arruinan á los conquistadores. En este punto no faltan las pruebas; el autor hubiera podido citar hasta á sus queridos Espartanos, así como á los Romanos. La historia demuestra tambien que los Estados que se engrandecen por medio de la fuerza, caen por la violencia. En fin, sería fácil probar que la guerra debilita al vencedor (1). Pero todos estos argumentos habian sido invocados ya por Saint-Pierre y Rousseau, y no habian conseguido desarraigat en los reyes la ambicion de las conquistas. *Mably* es ménos afortunado todavía cuando apela á la constitución de Esparta y de Roma. Cree que dominaba la justicia en Esparta porque reinaba allí la pobreza; hace, por consiguiente, la guerra á la riqueza, con la conviccion de que, extirpando el interes personal, fomentará todos los grandes sentimientos, el amor de la patria y el de la humanidad. Los hechos en que se apoya el escritor frances son imaginarios, y sus esperanzas lo son igualmente. *Mably* es tambien quimérico cuando propone establecer conservadores de la paz, á ejemplo de los feciales de Roma (2). Ha leído en la historia que los feciales eran los guardadores de la justicia internacional; no echa de ver que la pretendida justicia de los Romanos no era más que una hipocresía legal, y que lo mismo defendian el derecho y la equidad los feciales que nuestros procuradores y abogados.

Es inútil insistir para hacer ver lo que tenian de bueno las ideas de *Mably*. Para fundar un nuevo órden social era preciso

(1) MABLY, *Principios de las negociaciones*, t. VII, p. 36 y sig.; 26 y sig. — *Diálogos de PHOCION*, t. XIV, p. 97 y sig.

(2) IDEM, *Del estudio de la historia*, t. XVIII, p. 61, 174. — *De la Legislacion*, t. XII, p. 183 y sig.

no buscar sus modelos en un pasado imaginario, sino inspirarse en el porvenir, empezando por asegurar el imperio del derecho en el interior de los Estados. Para que la justicia no sea una palabra vana, es preciso que estén garantidos los derechos de los individuos. Más tarde se llegará á respetar tambien la independencia de los pueblos, cuya personalidad es igualmente sagrada. Entonces no serán necesarios los *conservadores de la paz*. Cada ciudadano será guardador del derecho, porque comprenderá que así los derechos como los intereses son solidarios, y que no es posible atacar á los derechos de los pueblos sin poner en peligro los suyos. Los filósofos del siglo XVIII no tenian aún más que una idea muy confusa de las necesidades de la humanidad; sentian una viva repugnancia hácia la dominacion de la fuerza, pero no sabian cómo ponerle término. Debemos tomar en cuenta sus aspiraciones. Difundiendo las ideas de justicia, de derecho, de paz, prepararon el paso á un nuevo órden social.

### N.º 3.—*Los materialistas.*

#### I.

El ateísmo y el materialismo implican la fatalidad, la falta de libertad y de responsabilidad. Si los filósofos que se llamaban ateos y que no veian en el alma más que una modificación de la materia, hubieran sido lógicos, hubieran debido enseñar, como Hobbes, la guerra de todos contra todos, y opinar que no impera en el mundo el derecho sino la fuerza. Sin embargo, los materialistas más decididos predicaban la justicia, la caridad, la fraternidad, la humanidad. Para explicar esta singular contradicción, se ha dicho que sus sentimientos valian más que su doctrina. Hay algo de verdad en esta justificación. Pero ¿no debemos ir más allá? ¿No forman los sentimientos parte de la doctrina, aún en los grandes pensadores? Con mayor razon se los debe tener en cuenta, cuando se trata de escritores que no eran filósofos de profesion; en éstos el sentimiento formaba, por decirlo así, toda la doctrina. Y si enseñaban la justicia, á la vez que profesaban el ma-

terialismo, ¿no debemos presumir que el ateísmo no había arraigado muy profundamente en sus ánimos, que era una bandera de oposición contra el cristianismo más bien que la negación razonada de nuestra naturaleza espiritual? En todo caso, podríamos darnos por satisfechos si los sentimientos que inspiraban á los *d' Holbach* y *Diderot* fuesen tomados en serio y llegasen á encarnarse en nuestra sociedad.

Es imposible condenar con más energía que lo hace *d' Holbach* la dominación de la fuerza bruta, cuyo cuadro nos presenta en cada página la historia moderna bajo el nombre de política real: «Las naciones mismas que pasan por más civilizadas conservan por su desgracia demasiados vestigios de la ferocidad y sin razón primitivas. ¿No viven sus jefes como verdaderos salvajes, en un estado de anarquía que llaman *estado de naturaleza*, siendo así que no hay nada más contrario á la naturaleza de seres inteligentes y racionales? Sus guerras continuas, sus contiendas frecuentemente injustas y pueriles, las pasiones inconsideradas y los caprichos á que tan ligeramente sacrifican estos soberanos su felicidad y la de sus súbditos, ¿no anuncian que en su mayor parte están todavía en el estado de caribes y verdaderos caníbales?» (1). El sentimiento de la fraternidad de los pueblos, que debería establecer entre ellos una paz permanente, es tan vivo en *d' Holbach*, el ateo, como en el evangélico Fenelon. Pero el filósofo del siglo XVIII, más atrevido que el arzobispo de Cambrai, no teme poner el dedo en la llaga y subir hasta el origen del mal, el egoísmo de los reyes (2).

La historia de los reyes es el martirologio de las naciones. Esta frase del abate Gregorio resume las invectivas de los filósofos contra el poder real: «¿A qué son debidas esas guerras periódicas que á cada momento ensangrientan la tierra? A la ambición de los reyes, á sus pretensiones injustas, á su codicia sin límites, á su inquieta ociosidad, á la incapacidad en que ordinariamente se encuentran de ocuparse en paz del bienestar de su país. Para desempeñar un gran papel en el mundo, para hacer valer títulos

(1) D'HOLBACH, *El sistema social*, P. 1.<sup>a</sup>, c. 16.

(2) IDEM, *ibid.*, P. 2.<sup>a</sup>, c. 11.

frandulentos ó dudosos, muchas veces también por una vana ostentación de poder, inmolan á sus intereses personales, al engrandecimiento de sus familias, á su infantil vanidad, á celos infundados, el reposo, las fuerzas, las riquezas, la industria y la felicidad de todo un pueblo» (1).

El retrato no es lisonjero, y por desgracia tiene mucho parecido. Sea cual fuere su hinchazón como escritor, *d' Holbach* no exagera la realidad de las cosas. La consecuencia parece ser la abolición del poder real. Esta fué también la opinión de la Convención. Se ignoraba que el poder real puede ser una garantía sin oponerse en nada á la verdadera libertad. Esto no impide que la crítica de los filósofos haya sido exacta. El antiguo poder real debía desaparecer; ésta era la primera condición para que pudiera establecerse el derecho.

## II.

*Diderot* hace á veces profesión del materialismo más estricto; sin embargo, sería una injuria compararle con los materialistas de baja estofa que pululaban en el siglo XVIII. Es esencialmente artista, y ¿cómo un artista no ha de ver más que materia en todas partes? Su religión es la de Goethe; lejos de humillar al hombre confundiéndole con la naturaleza, eleva la naturaleza divinizándola. Hay otro rasgo que distingue á *Diderot*; es enciclopedista, su ciencia es universal y, aún cuando no sea muy profunda, contribuye con el carácter particular de su genio á darle una extensión de miras que no tenían los escritores de su tiempo; todos tenían algo de sectarios, al paso que *Diderot* lo comprende todo y se hace á todo. Hay en él algo de esa equidad que se encuentra en los filósofos panteístas.

*Diderot* advierte que en los tiempos pasados el espíritu de conquista ha trastornado el globo; pero no cree que ha de suceder lo mismo en el porvenir. El mundo moderno no contemplará el espectáculo de un pueblo destinado por su desgracia á devorar su-

(1) D'HOLBACH, *El sistema social*, P. 1.<sup>a</sup>, c. 11, y P. 2.<sup>a</sup>, c. 11.

cesivamente á todos los demas. Diderot cuenta hasta con el buen sentido de los reyes; no porque éstos se cuiden mucho de la felicidad de sus pueblos, sino porque comprenderán que su felicidad propia no consiste en tener inmensas posesiones. Le parece tambien que los hombres se ocuparán más del comercio que de la guerra. *Diderot* se ha hecho ilusiones respecto de la sabiduría y prudencia de los príncipes. El espíritu de conquista es inmortal, como todas las pasiones del hombre; pero es cierto que encuentra en las tendencias de los pueblos modernos obstáculos cada vez más difíciles de vencer. Nada más exacto que las observaciones del filósofo francés sobre la incompatibilidad del comercio y de la guerra: « Se establece en Europa un espíritu de trueques y de cambios, espíritu que puede dar lugar á vastas especulaciones en los particulares, pero espíritu amigo de la tranquilidad y de la paz. Una guerra en medio de diferentes naciones comerciantes es un incendio perjudicial para todas. Es un pleito que amenaza la fortuna de un gran negociante y hace palidecer á todos sus acreedores. »

Pero cuando cesen las guerras, ¿cuál será la influencia de ese espíritu pacífico y traficante sobre las sociedades? La mayor parte de los escritores del siglo XVIII consideran la paz como un ideal y se prometen la renovacion de la edad de oro y de la era pacífica que vislumbran en el porvenir. *Diderot* no participó de estas ilusiones: « Si se me pregunta, dice, lo que será de la filosofía, las letras y las bellas artes bajo la calma y la tranquilidad de esas sociedades mercantiles, en las que el descubrimiento de una isla, la importacion de un nuevo artículo de comercio, la invencion de una máquina, el establecimiento de una factoría, la construccion de un puerto, llegarán á ser las transacciones más importantes, responderé preguntando: ¿qué hay en todos estos objetos que pueda agitar las almas y producir en ellas entusiasmo? La pregunta nada más, tal como *Diderot* la formula, manifiesta que no era partidario muy decidido de una era de comercio y de paz. Pero, con su desinterés habitual, no insiste sobre sus aficiones; hace el sacrificio de sus gustos: « Afortunadamente, exclama, toda esa especie de lujo no es muy esencial para la felicidad de las naciones. Quizás no se encuentre una buena estatua en toda la Suiza, y no

creo que los trece cantones sean por eso más desgraciados. » Pudiérase preguntar si el ideal del destino humano consiste en llevar una vida semejante á la de las abejas. El filósofo no se hace esta pregunta, pero tiene ideas muy exactas sobre el vínculo que existe entre el desenvolvimiento de la civilizacion intelectual y los grandes acontecimientos históricos. No se encuentran estas miras en ninguno de sus contemporáneos; dejémosle la palabra:

« ¿Cuál es la causa de los progresos y del esplendor de las letras y de las bellas artes, así en los pueblos antiguos, como en los modernos? La multitud de acciones heroicas y de los grandes hombres que habia que celebrar. Ciérrase la puerta á los peligros, y queda tambien cerrada á las virtudes, las hazañas, los historiadores, los oradores y los poetas. En medio de las tempestades de la Grecia fué cuando aquella comarca se pobló de pintores, de escultores y de poetas. Cuando aquella fiera, que se llamaba el pueblo romano, se devoraba á sí mismo, ó se ocupaba en devorar á las naciones, es cuando los historiadores escribieron y los poetas cantaron. En medio de los disturbios civiles en Inglaterra y en Francia, despues de las matanzas de la liga y de la fronda, aparecieron autores inmortales. Los grandes genios se engendran en los tiempos difíciles, y nacen inmediatamente despues. A medida que las sacudidas violentas de una nacion se apaciguan y se alejan, los ánimos se calman, las imágenes de los peligros se borran y las letras se callan » (1).

¿Deberá deducirse de aquí la legitimidad de la guerra? *Diderot* se guarda bien de hacerlo, á pesar de que todas sus simpatías son favorables á las artes y á las letras. Cuando ménos, se puede deducir que el hombre ha sido hecho para la lucha y no para el reposo, puesto que sus fuerzas se desarrollan en la lucha. Sus pasiones son, pues, á la vez un elemento de su imperfeccion y una condicion de su perfeccionamiento. Como sus pasiones son de la esencia de la humanidad, no es de creer que la paz llegue á reducir nunca á las naciones á ese estado en que se asemejarían á sociedades de castores. Para soportar la paz perpétua, necesitaríamos otra naturaleza. Demos gracias á Dios que de nuestros defec-

(1) DIDEROT, *Fragments politiques*.

tos mismos y de nuestras faltas sabe sacar los medios de perfeccionarnos.

N.º 4.—*Los poetas y los historiadores.*

I.

Cuando se ve á d'Holbach acorde con Fenelon, y á Diderot con Voltaire, se puede asegurar que el espiritualismo y el materialismo no tienen influencia alguna sobre las ideas de justicia internacional. En realidad el siglo XVIII no tiene más que una doctrina, una religion, el amor de la humanidad. Este sentimiento inspira á todos los escritores, sea cual fuere la escuela á que pertenezcan; se le encuentra hasta en los que son enemigos de los filósofos. Prueba segura de que se trata de un espíritu general que arrastra á todo un siglo, lo mismo á los que obedecen á la corriente y la dirigen que á los que resisten y tratan de contenerla.

El siglo literario de Luis XIV tocaba á su fin, cuando apareció *Juan Bautista Rousseau*. Defensor de las antiguas tradiciones, combatió las doctrinas filosóficas y á sus mantenedores; fué enemigo rencoroso de Voltaire. La tendencia de su espíritu le inclinaba, pues, hácia lo pasado. Sin embargo, cuando se lee su oda á *la Fortuna*, parece un discípulo de Voltaire; es una protesta elocuente contra la gloria de los héroes. Ataca, como los filósofos, la preocupacion popular que ensalza á los conquistadores: dejándose guiar por la razon, no se encuentra en esos héroes famosos más que extravagancia, debilidad, injusticia, traiciones, furors, crueldades; ¡extraña virtud, exclama el poeta, que generalmente no es más que un conjunto de todos los vicios! Sus acciones más heroicas no son más que crímenes afortunados.

Entre todas las guerras que habian ensangrentado la Europa, las más culpables, á los ojos de los filósofos, eran las guerras de religion, y por ellas acriminaban al cristianismo. Y los verdaderos cristianos no encontraban más medio de defenderse de estas acusaciones que repudiar la herencia del pasado, incluso las guerras llamadas santas por la Iglesia: «¡Dios de paz, exclama *Racine*

hijo, cuánta sangre ha corrido en tu nombre!» El poeta condena con más energia todavía las guerras que el furor religioso encendió entre los cristianos.

«*Quels barbares docteurs avaiént pu nous apprendre,  
Qu' en soutenant un dogme, il faut pour le défendre,  
Armés du fer, saisis d' un saint emportement,  
Dans un cœur obstiné plonger son argument!*» (1).

«*Qué bárbaros doctores habian podido enseñarnos que, para sostener y defender un dogma, es preciso armarse con la espada y con santos trasportes clavar su argumento en los corazones obstinados!*»

Hemos hecho notar las contradicciones de los filósofos. Hé aquí una inconsecuencia cristiana de tanto bulto como las otras. *Racine* era jansenista, y sabido es que los jansenistas se derivaban de S. Agustin, cuya severa doctrina sobre la gracia profesaban. Pues bien, este mismo S. Agustin es el *doctor bárbaro* reprobado por el poeta; él ha formado el dogma de la intolerancia, ¡y sus más celosos prosélitos lo rechazan! El poder contenido en las ideas dominantes de un siglo es más fuerte que las creencias de lo pasado. Aun los que ven su ideal en el cristianismo tradicional, lo abandonan insensiblemente, sin pensar en ello, arrastrados por el movimiento irresistible de los tiempos.

He aquí un enemigo decidido de los filósofos. Y sin embargo, *Lefranc de Pompignan* clama contra la guerra con toda la indignacion de un enciclopedista; la llama un juego bárbaro de los reyes, el castigo y el azote de la tierra. No hay más sino que sus pensamientos toman un color religioso más bien que humanitario. El poeta cristiano ve principalmente el desbordamiento de las malas pasiones; dice que el infierno y la muerte reinan en los lugares donde se combate. Aun cuando los reyes crean tener un justo motivo de guerra, deben temblar ántes de emprenderla! (2).

Hubo tambien en el siglo XVIII otro poeta á quien no consiguió cautivar el espíritu filosófico. *Gilbert* hace una guerra declarada

(1) RACINE, *De la religion*, c. 6.

(2) LEFRANC, *Discursos, de los reyes y de los súbditos*.